

UNDERCIBORG

Junto a la pretensión de todo individuo de afirmarse como sujeto, que es una petición ética, también está la tentación de huir de su libertad y convertirse en cosa; se trata de un camino nefasto, porque pasivo, alienado, perdido, es presa de voluntades ajenas, queda mutilado en su trascendencia, frustrado de todo valor.

SIMON DE BEAUVOIR, *El segundo sexo*

Todo empezó el mes de julio, cuando se realizó una fiesta en casa de los Cardenal. Los hermanos Cardenal tienen fama de hacer fiestas fuertes, en las que uno pierde la noción del tiempo. A esos eventos solían asistir los jóvenes de la Universidad de San Juan de Dios, entre ellos, Alejandra Buendía, estudiante de danza. Cada vez los Cardenal pensaban una atracción diferente que fuera el centro de la fiesta. Hasta el momento, los jóvenes habían contratado, entre otras cosas: un DJ, un tatuador y un dealer de drogas sintéticas, cuando uno iba sabía que iba a acabar medio muerto.

El centro del siguiente evento tenía especialmente emocionados a los Cardenal. Hacía no muchos años había salido el mercado de biopartes para su consumo. En un principio con fines médicos: rodillas para los deportistas, hombros y caderas para los ancianos, sustitutos de miembros amputados. Pero con el paso del tiempo la atracción que provocaban las partes biomecánicas había empezado a llamar la atención de un público joven que veía en su uso nuevas posibilidades estéticas. Así surgió el mercado de los Underciborg: sujetos dispuestos a cortarse una parte sana del cuerpo para colocar en su lugar una prótesis biomecánica.

Ese día, los Cardenal decidieron que sería de lo más emocionante contratar a un médico especializado en aplicación de partes metálicas. Acondicionaron uno de los cuartos del fondo de su casa de verano, y, en medio de la fiesta, los jóvenes de la Universidad de San Juan de

Dios podían elegir si querían que les cortaran una oreja, les arrancaran un pie o les sacaran un ojo para colocar en su lugar una extremidad mecánica. Se reunían alrededor de aquel que había decidido hacer el cambio con cervezas en la mano; miraban deseosos el descenso de la navaja cortando los tejidos, los huesos, la sangre corriendo encima de la gasa; el médico cauterizando las heridas; y la colocación de una parte metálica que habría de durar más que el resto de su cuerpo.

Alejandra había ido a la fiesta de los Cardenal con el pelo corto y un conjunto de pantalón con chaqueta negra comprado en Nueva York. En aquella ocasión, mientras los Cardenal sacaban un embudo para verter alcohol en la garganta de algún desprevenido, Alejandra permanecía silenciosa en una esquina de la sala de paredes rojas y blancas. Durante el espectáculo sintió que alguien la observaba desde otro lado. Una chica, algo más joven que ella, se encontraba junto a la fuente y no le quitaba los ojos de encima. Dejó que siguiera admirándola, devolviendo una mirada intensa para que su seguidora sintiera un escalofrío. Alejandra había tenido múltiples amantes y varias relaciones casuales, pero siempre habían sido insuficientes. La muchachita, con cierta duda empezó a acercarse:

– Hola... ¿Eres de San Juan?

– De danza. – Respondió Alejandra

Se veía que la chica no sabía qué decir. Alejandra notó el nerviosismo, se divertía mientras veía sus labios húmedos, se sabía deseada. La joven no supo cómo reaccionar, se sentía intimidada y atraída por esa fuerza fría y directa. Abrió la boca y, justo cuando iba a formular otra pregunta, algo distrajo la atención de Alejandra. Un muchacho de salió del cuarto del fondo con una mano Underciborg.

Ella sabía, como todo mundo, de la existencia de las nuevas aplicaciones. Incluso había considerado realizarse una intervención, pero nunca las había visto tan de cerca. El brillo de las luces de colores se reflejó en la mano recién colocada, en un muñón amputado. Los ojos de Alejandra Buendía no podían apartarse al ver la perfección de la prótesis lisa, de metal inoxidable. Puso una excusa cualquiera, dejó a la chica que le acompañaba en un rincón de la sala y se acercó al cuarto con el médico de biopartes. Sintió el olor de la sangre; se sintió excitada. Miró la cuchilla, los instrumentos y los paquetes esterilizados de brazos, piernas y manos que yacían en un rincón de la habitación. El médico, un hombre tatuado y barbado, permanecía sentado en un banquillo frente a una silla parecida a la que podía encontrarse en el consultorio de un dentista, limpiando la sangre de la última intervención. Alejandra se acercó y preguntó:

- ¿Duele?

- Pues hay que cortar el miembro. - Respondió el médico con una sonrisa sardónica y voz grave. - Al principio se mete anestesia, pero mañana no prometo nada.

Alejandra no podía dejar de admirar las biopartes empaquetadas en el suelo. Eran como los retazos de una muñeca desgajada y vacía, pero hermosa. Se sentó en la silla, y le dijo al médico:

- ¿Me amputas la pierna?

El médico la miró sorprendido, la mayoría no pedía una intervención tan extrema. Si acaso una parte pequeña como la mano o un pie, pero no una pierna entera. La miró delgada y frágil, paraba frente a él y le dijo:

-Se puede. Está fuerte, pero no debería haber problemas.

- ¿Podría seguir bailando si la cortas? – Volvió a preguntar la chica como si no hubiera escuchado la débil advertencia.

- Bailarías mejor que nunca. Una parte de tu cuerpo que nunca se desgasta, que nunca se rompe. Nunca más sentirías dolor.

Alejandra se paró frente a él y con todas las miradas puestas en su cuerpo se bajó los pantalones. Quedó al descubierto una piel lisa como porcelana y unas pantaletas rosas con encaje.

-Córtala. - Ordenó

El médico se acercó a su mochila de mano y sacó el bloqueador, se puso el cubrebocas, los guantes de látex y colocó a Alejandra boca abajo. Todo San Juan de Dios la observaba; Alejandra sentía la excitación cuando empezaron a reunirse alrededor de la habitación. Se sentía ardiendo, observando fijamente la pared mientras todo mundo le miraba las nalgas. El médico inyectó la anestesia en la espina dorsal. Ella tuvo una sensación de humedad en la parte baja del cuerpo y se dio la vuelta para esperar que el líquido actuara. Cerró los ojos y simplemente se dejó ir mientras una sensación de hormigueo se extendía por las rodillas y las piernas. Después de media hora, el médico tomó la cuchilla y empezó el proceso de esterilización. Quedó brillante y lisa, como si apenas hubiera salido de la fábrica. La tomó con fuerza y la apoyó en el muslo. La joven vio cómo se deslizaba la sangre, gotear en la silla plastificada mientras el médico no la perdía de vista. Las pupilas se le dilataron cuando éste aplicó presión y la cuchilla penetró en su cuerpo cortando musculo, hueso y tejidos. La pierna amputada se deslizó de la silla y cayó al suelo, dejando ver el interior de la joven bailarina: sangre, hueso y músculos cercenados.

El médico empezó a trabajar rápido y concentrado, cauterizando vasos sanguíneos. Alejandra se sentía mareada por perder tanta sangre; su piel perdía rubor y se veía como si estuviera muerta. Este paso duró unos minutos. Luego, el médico sacó dos paquetes de piernas que se encontraban en el fondo, midió la circunferencia y eligió la que iba mejor a Alejandra. Empezó a unir nervios, tejidos y tendones. Al terminar, la chica tenía el muslo unido a una bioparte de metal aerodinámica y perfecta. La piel se ponía morada, hinchada y dura. El médico le dijo que descansara en lo que pasaba la anestesia. Ella se sentó y pasó la yema de los dedos encima de la nueva prótesis. Metal frío, eficiente, duro.

Después de una media hora, empezó a sentir punzadas, se sentía débil tras la intervención. El dolor la recorría a ligeros tramos, como si le clavaran agujas en la entepierna. El médico empezó a ver que se agitaba y le recomendó que no hiciera movimientos bruscos. Empezó a darle las indicaciones de cuidados, todo lo que no debía hacer hasta que la bioparte se acoplara. Escuchó a medias. Hacía mucho que no se sentía tan viva, tan crecida. Se puso los pantalones y salió del cuarto un poco tambaleante. A lo lejos vio a la chica que se le había acercado antes. Pensó en la posibilidad de pasar la noche con ella y descartó la idea. La ignoró y se dirigió a otra parte.

A la mañana siguiente la despertó un dolor sordo en el muslo y una fuerte resaca. Con trabajo se vistió y observó la hinchazón. La pierna era tan grande que parecía cocida a la fuerza en una pieza mucho más pequeña. Decidió tomar una dosis de analgésicos, se quitó la ropa y se tumbó en la cama de su pequeño departamento en Coyoacán. Se quedó así durante unos instantes, mientras la luz entraba y acariciaba suave los pisos de madera. Prefería ignorar las molestias, así que observó su celular y vio las llamadas perdidas de algún amante demasiado insistente y de su madre. No tenía ganas de contestarle a ninguno de los dos. Él seguramente

quería que pasaran la noche juntos y su madre le contaría todo a su padre. Nada bueno podría salir. Apagó el celular y se durmió esperando que las pastillas hicieran efecto.

Al despertar, vio que la hinchazón había cedido un poco, ahora, solo se notaba la piel morada alrededor. Se miró en el espejo, admirando su nuevo cuerpo: La pierna de metal duro y terso. La acarició suavemente y se estremeció al sentirla fría y resistente. Empezó a imaginar cómo sería tener un cuerpo completamente de metal. Imaginó un cuerpo mecánico moviéndose al compás de la música mientras ella bailaba frente al público. Se veía resplandeciente, inexpugnable, como si nada en este mundo pudiera alterarla. Cerró los ojos y empezó a tocarse. Imaginó las miradas puestas en ella, las bocas abiertas de aberración y deseo. Pensó en sus muslos y pezones, en lo estrecha de su cadera. Imaginó esas miradas frenéticas que no podían apartar los ojos, deseando tocar esas extremidades. *Como un mecanismo roto.* Tratando de penetrar, de usar esas extremidades. Alejandra se detuvo molesta, se había desviado demasiado, había perdido las ganas.

Algunos meses después, cuando Alejandra volvió a sus clases de baile, todos volteaban, se acercaban, querían tocar, tenían curiosidad. En las prácticas la miraban absortos, formando un semicírculo con sus cuerpos esculturales e ingravidos. Ella era el centro. Un giro inesperado, Alejandra escuchó un leve tronido, normal en este tipo de situaciones. Unas gotitas de sangre mancharon su *body*, nada grave, la pieza era demasiado nueva.

Saltaba ligera, como si su cuerpo no tuviera peso. Al bajar al piso de madera, el metal era tan liviano que lo tocaba silencioso. Podía verse el movimiento de una pierna ligera y grácil en los espejos de los salones. Articulaciones pensadas por los mejores ingenieros, pensadas específicamente para aumentar la movilidad, para sustituir un miembro que ya no existe; el

miembro mecánico se ajustaba perfectamente a su cuerpo y lo hacía más feroz, más directo, más potente.

En el escenario resaltaba entre las demás bailarinas. Subía con alguno de sus compañeros y, bajo el calor de otro cuerpo sudoroso, Alejandra sonreía sabiendo que ella manejaba la situación. La cargaba por los aires con las piernas extendidas en un *split* perfecto, la bajaba, la soltaba y ella tomaba su propio ritmo. Se acercaba a él, se alejaba, pasaba las yemas de sus dedos sobre su pecho en un leve roce; sentía su cuerpo estremecerse. Ella siempre fría, siempre inalcanzable. Como si su cercanía no la afectara en lo absoluto. Ellos desarrollaban la necesidad de estar siempre disponibles, de complacerla, de ser siempre amables y sonrientes a su lado.

Todos celebraban la novedad. Una de las chicas más cotizadas de San Juan de Dios. Si antes los chicos estaban tras de ella, ahora peleaban entre sí para ser sus compañeros en las clases, le abrían la puerta, le compraban regalos o la invitaban cada vez que salían en grupo. Alejandra tomaba gustosa las atenciones que se le ofrecía. Sin embargo, la fascinación por la pierna artificial duró poco. Los compañeros de Alejandra empezaron a acostumbrarse al cambio. Cada día era más normal ver bailar a la joven con la bioparte en los salones, verla estirarse en las barras, tumbarse en el suelo y llevar el torso hasta abajo. Una más de ellas que usaba un *body* negro, azul o rojo, como todas; que brincaba por los aires, como todas; que tenía un cuerpo escultural, perfecto y liviano, como todas.

Con el paso del tiempo, las miradas se dirigieron hacia otro punto. Una de sus compañeras pintó su cuerpo con tatuajes tradicionales japoneses. Alejandra empezó a ver su cuerpo y despreciaba esa carne fofa que se formaba alrededor de las nalgas, colgando de los brazos, formando un ligero abdomen. *Como un mecanismo roto*. Lo único perfecto e inmutable era

aquella prótesis que había colocado. *Que no deja de funcionar.* Alejandra tomaba la carne con la palma de la mano y hacía notar los rollos cuando se observaba en el espejo. *Y sigue sonando.* En una ocasión, por la desesperación, rompió en llanto al ver todas las imperfecciones, *una y otra vez.* Se encerró en el baño y estuvo llorando hasta quedar seca. Era necesarias nuevas intervenciones, correcciones. *Sonando en la cabeza.* Todo era demasiado asqueroso, imperfecto. Empezó a obsesionarse. Imaginaba cómo sería amputar un brazo, sacarse un ojo, partir el cráneo a la mitad y poner en su lugar el metal frío e invulnerable. hecho de prótesis biomecánicas. *No deja de funcionar.* Dejándose llevar, ordenó los nuevos cambios que le permitieran ser lo que deseaba, ese ser perfecto, frío e inmutable. *En la cabeza.*

Dentro de algunos meses, Alejandra daría una presentación frente al colegio. Todo el mundo abarrotaría el escenario y la verían presentar su primera pieza como solista. El momento perfecto para ser otra, para atraer las miradas, para ser una vez más deseada. *Y sigue sonando.*

Cuando llegó el día, Alejandra tuvo especial cuidado en que sus compañeros no la vieran antes de mostrar el cambio. Primera llamada. Se imaginaba arriba del escenario, descubriendo su nuevo cuerpo. Imaginó a los padres de sus amigos salivando tras verla, con una mirada ardiente y fija, que no se apartaba de sus piernas, ni sus brazos, ni su rostro. *Sigue sonando.* Imaginó a sus compañeros yendo tras ella, deseando que volteara a verlos, deseando ser amados, siempre insatisfechos, con una sensación de calor en la entrepierna, una opresión, una necesidad de desahogarse con ella, de vaciarse en ella, con las bocas jadeantes... *Como un mecanismo roto.*

Tras los bastidores todos corrían: bailarinas con faldas cortas y chicos de *body's* ajustados iban de un lado al otro colocando maquillaje, polvos y accesorios. Segunda llamada. Ella, se

puso frente al espejo, empezó a arreglarse lentamente: ponerse el rímel, alargar las pestañas, delinear los ojos para que se vieran más sensuales, más gatunos. A su alrededor, los jóvenes gritaban buscando los utensilios que faltaban, las chicas pedían ayuda para colocar los trajes, alguien gritaba buscando al primer solista de la noche. Era como estar en medio de un avispero. Tercera llamada, comenzamos. Todo el ruido paró de momento, todos callaron. Sólo se veían sus cuerpos silenciosos dando mudos brinquitos para moverse sin interrumpir la escena. Una chica se acercó a Alejandra y le susurró al oído que era la siguiente.

Llegó la hora. Dijeron su nombre por el micrófono. Fue al escenario. Las luces apagadas, una luz azul dirigida la ilumina; empieza a sonar la música, el público se mueve ligeramente en sus asientos, se escucha alguna tos lejana y reprimida; Alejandra está parada en el centro y suavemente destapa su nuevo cuerpo, todos se sorprenden. Las señoras dan un leve suspiro de sorpresa, los señores se sienten atraídos como polillas al brillo y todo joven de San Juan quisiera que Alejandra volteara a verlo. Había cambiado el brazo, la mano y el cráneo había sido partido a la mitad para dar lugar a una superficie metálica como una máscara de teatro. Todos admirando esas hermosas superficies de azulada plata.

Alejandra empezó a moverse. Una vez más hermosa, una vez más deseada. Sintió las miradas en su en su cuerpo ahora perfecto, lúcido y hermoso, en lo liso de una superficie sin tacto. Podías jugar con ella, podías lamerla, y ella permanecer invulnerable, *como un...*, inalcanzable, *mecanismo roto*. Permanecer fría como un metal templado especialmente para eso, *que no deja de funcionar*. Sintió tensión en el aire y *sigue sonando una y otra*. La música aumentaba la fuerza y, con ella, aumentaba la brusquedad de sus movimientos. Las prótesis aún eran nuevas, como ella siempre sería *Como un mecanismo roto, que...* Se escuchó un leve crujir en las uniones entre el cuerpo y las prótesis, *no deja de funcionar*. Ella seguía

bailando y *sigue sonando*. Quería siempre sentirse así, fuerte, invulnerable, dura, *una y otra vez*. Un poco de sangre empezó a surgir de las uniones. *Mecanismo roto*. Ser siempre deseada, *no deja de funcionar*, tener siempre el control, y *sigue sonando*; el control de ellos que se lanzan como bestias, cuyo tacto le parece a veces tan desagradable; *como un mecanismo roto, que no deja de funcionar*; tan lascivo, y *sigue sonando*. El público da un leve grito al notar la sangre enmarcando su cuerpo, *una y otra vez*; parte de la mano se aparta del resto y deja ver la carne viva. *Como un mecanismo roto, que no deja de funcionar y sigue sonando en la cabeza*. Una hermosa muñeca que se desgaja, *mecanismo roto, que se deshace, no deja de funcionar*, que se rompe, y *sigue sonando una y otra vez en la cabeza ...*